



FAMILIA CHINA.

Nuestros lectores deben saber que hace años y en una esquina de Hyde-Park (*Hyde-Park corner*) llamó en gran manera la atención pública un vasto edificio adornado de banderas chinescas y que presentada en su arquitectura la forma de una pagoda. Allí se habían reunido los productos maravillosos de aquel país, aunque no con tanta profusión como en el Palacio de Cristal. Todo lo que encierra de mas curioso el imperio celeste, se encontraba representado en el último interior de una tienda: obradores, residencias de magnates, vasos de incomparable riqueza y telas riquísimas, se veían allí en agradable perspectiva para contentamiento y regalo de la vista.

Las viñetas que hoy ofrecemos nos dan á conocer los diversos trajes de los naturales de tan dichoso país. Pero de todo ensuto se ha puesto nada ha agradado tanto como la familia china, compuesta de dos magníficos cuadros. En esta familia figuran el padre, la madre, dos hijos, una ama de gobierno, y otros dos niños jóvenes. La madre sobre todo era objeto de la curiosidad general y merecía ciertamente la admiración que excitaba.

Los pies de las mugeres chinas son sorprendentes por su pequeñez; la que los tiene grandes solo mide con ellos tres pulgadas y media. *Et par si muco*, como dijo Galileo.

Infinitas son las producciones de dicha nación que se espusieron en Londres; no nos proponemos hacer una descripción de ellas. Se ha hecho una adición muy oportuna á los cuadros que fueron presentados en la esposicion y que representan la familia china. Consiste en una dama de la misma nación, llamada Pwanye-Reo, cuyos pies tienen dos pulgadas y media de largo; un profesor de música, con su hijo y su hija; la doncella de la dama, y un intérprete. Estas seis personas

cautivaban vivamente la atención de los extranjeros que visitaron á Londres el año pasado.

Los niños son alegres, amables é inteligentes; la dama agradable é interesante, y el profesor atento y servicial.

Las relaciones entre estas cuatro personas se conservan con arreglo al rango y cualidades de cada una, lo cual da una idea favorable de la vida doméstica de los ciudadanos del celeste imperio.

UNA VISITA AL ESCORIAL ⁽¹⁾.

Muchu tiempo hace que ardía en deseos de visitar el Escorial, sin que las circunstancias particulares de mi vida má hubiesen permitido contentar esta natural curiosidad, que todos mis pensamientos y estudios contribuían á avivar y encender. No era una vana recreación de los sentidos, ni el ansia de respirar aires mas frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista á las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginacion y del entendimiento, junto con los ecos del corazon, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos eloquentes, aunque mudos, y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

(1) Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la reproducción de este excelente artículo, muy poco conocido.

En aquel emporio del arte español encontrar la expresión viva y animada de nuestra nacionalidad á fines del siglo XVI, y algún relieve del sol de la monarquía que entonces brillaba en mitad de los cielos, y que tan rápidamente se aveludaba al ocaso.

Ocupado en estos pensamientos me acercaba este año al Escorial, y no acertaré á decir si fué más de alegría que de tristeza la impresión que recibí, cuando desde las áridas cuevas de Galapagar vi dibujarse sobre el fondo pelado y pardusco de las montañas, las torres

Y el ventanaje del soberbio lienzo
Del templo augusto que ofreció famoso
Filipo en San Quintín á San Lorenzo

Verdad es que se me cumplía uno de mis votos más ardientes; pero ¿con que estado iba á encontrar esta, que si no puede llamarse la octava maravilla, con razón se cuenta entre las maravillas del mundo, y puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano? No hizo muchos años que un poeta ilustre decía de ella:

Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los reyes,
Y albergue penitente á solitarios;

pero los solitarios ya no le habitan, y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviesa sus umbrales.

Desde luego cautivó mi atención la perfecta armonía que guardaba la casa de los cenobitas con los lugares en que tenía su asiento y con el objeto de su instituto. Situada á media altura de la desnuda y difícil montaña, y dominando como señora los frescos vergeles de la Herreña y de la Fresneda, estaba en la actitud de un hombre que decidido á levantar su espíritu á las regiones de la meditación y del sentimiento, se despide de los huertos deliciosos de la llanura, y á la mitad de su penoso camino se para á cobrar aliento para mejor trepar á la montaña áspera de la abnegación propia. Ya sabía yo que la elección de sitio había sido objeto de la más viva solicitud del fundador, y que solo después de muy maduras deliberaciones habían merecido su aprobación las colinas que dominaban la entonces miserable aldea del Escorial; pero tan acertado acuerdo comenzaba á poner de bulto ante mis ojos su alto espíritu y rara capacidad.

Mi primer cuidado al acercarme, fué lanzarme en busca de la entrada y fachada principal del monasterio. Deseara juzgar por mí mismo, en cuanto mis escasos conocimientos alcanzasen, si eran fundados los cargos que había oído hacerle sobre la mezquindad que resulta de las medias cañas ó columnas empotradas, del numeroso ventanaje y de la desnudez general y excesiva. Ajeno casi por entero á los conocimientos profundos que sirven de base al arte digno de la arquitectura, poco peso debe tener mi opinión en tan arduas materias; pero los que de ella se ocupan con sencillez levantan un cargo al edificio, me parece que se olvidan de la significación y filosofía del arte. Si la conformidad con el objeto es la primera ley de todo el edificio, fuerza les será convenir que el aire grave y modesto del conjunto era lo único que podía decir bien con la austeridad y recogimiento monacal y con el carácter del fundador. En vez del palacio de los poderosos reyes de España, veía el monasterio de San Gerónimo, y seguro es que su opinión se modificará.

De todos modos, y cualquiera que sea la impresión que resulte de la fachada, el soberbio patio de los Reyes es digno preluar de la suntuosidad de la iglesia y de las demás riquezas arquitectónicas y de todas clases de la fábrica. La trahazan, ajuste y buena correspondencia, de que resulta gran hermosura, á pesar de que ningún mérito especial tiene la arquitectura que forma los lienzo de norte, poniente y meridional; las seis magníficas estatuas colosales de otros tantos reyes del Antiguo Testamento, y las dos gallardas y elegantes torres, forman un conjunto de todas veras sorprendente.

La iglesia era el principal objeto de la obra de Felipe II, así porque con ella cumplía el voto ó promesa hecha á S. Lorenzo el día de la victoria de S. Quintín, como porque pensaba que sirviese de panteón regio, estrechándola con el entierro y traslación del cuerpo de su augusto padre, que en su testamento le había dejado encomendada la elección del lugar de su eterno descanso. Así es que, como advierte muy bien el padre Sigüenza (1), á ella van á parar como á un centro común, y están subordinadas todas las líneas y partes del inmenso edificio con exquisita armonía y tan completa unidad, que desde luego se conocí el particular amor y esmero del fundador y de los arquitectos. No ha sido ni es mi ánimo detenerme en la relación de sus partes y adornos de todos géneros, porque está además de prolijo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, estenderá demasiado los límites de este artículo; pero me parece digno de advertirse que en este templo que anudada con su grandeza, y debajo de su soberbia cúpula, es donde se concibe la inmensidad de la obra que sorprendió y prosiguió

con ejemplo constancia por espacio de treinta y ocho años uno de nuestros mayores monarcas.

Animado debe de ser el cuadro que presentaban, no ya las cercanías del Escorial únicamente, donde tantos millares de hombres y de bestias sin cesar iban y venían, con tan maravilloso orden y concierto como pudieran las abejas en una colmena, sino también otros puntos más distantes en que nacionales y extranjeros trabajaban de trinero para dar cumplido remate á tan atrevida empresa. En las castrens de Jaspé, vecinas al Burgo de Osma, andaban sacando y labrando, españoles é italianos, los jasperes pertenecientes á la fábrica. En Madrid se hacía la obra de la custodia, el relicario y parte del retablo grande, y en Zamagoza se fundían y lababan las vejas principales de bronce de la iglesia, y los antepechos que corren por lo alto de ella. En las sierras de Filadelfos se sacaba mármol blanco, y en las de las Navas, y en Estremoz, y en las orillas del Genil, junto á Granada, y en las sierras de Aracena, y otras partes, mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos, y de otros hermosos colores y diferencias. En Florencia y en Milán se fundían grandes figuras de bronce para el retablo y entierros. En Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. Al mismo tiempo se pintaban multitud de cuadros y de historias, los frescos de Peregrino de Peregrino, y de Lugiato; los admirables cuadros al óleo de nuestro insigne Juan Fernandez de Navarrete, el *Mudo*, las no menos pasmosas iluminaciones de los legos fray Julian y fray Andrés de Leon; venían de Flandes otras innumerables pinturas de paisaje, cincelaba Juan Bautista Motogio sus hermosos estampas, y se adoptaban libros riquísimos para llenar la magnífica biblioteca. No hablo aquí de las demás obras rurales ó pertenecientes á este género que en la Huerta, en la Fresneda y en el Quejigar se continuaban con singular empeño, ni menos de las fuentes, conductos, arcas de agua, fundiciones de todas clases, ornatos preciosísimos de iglesia; solamente he querido presentar un breve resumen del aliento y calor que entonces recibían del rey, inmediato inspector de todo, las artes más nobles y más dignas de levantar el ingenio del hombre á pensamientos sublimos.

Era Felipe II asentado y grave en demasía en todos sus planes y propósitos, para pagarse de rebombones pasajeros y ceder á la necia vanidad de ostentar lujo y esplendor. La solides, la claridad y el buen concierto y correspondencia de las partes forman la base de este edificio, en que sin embargo el permanecer una insignificante y abandonada al parecer descubierta de muy lejos la magnificencia del fundador. Los anchurosos y bien trazados escalones de la escalera principal, las jambas y dinteles de las enormes puertas, las columnas de la bella galería llamada *de los conocimientos*, están labrados de una sola pieza, ofreciendo así líneas tanto más puras y severas que si fuesen de mármol más preciosas y careciesen de tan noble cualidad. En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distinción abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles.

Cualquiera que fuese sin embargo la sencillez y llaneza del fundador en todo lo perteneciente á los usos de la vida y á las exigencias de la vanidad, donde quiera que se trataba de dar realce y desarrollo á una idea general, todo venía estrecho á su grande ánimo. Buenos testigos de ello son las innumerables riquezas con que supo adornar la iglesia y todo lo adyacente, el lujo de los ternos y ornamentos, las estatuas de bronce de Pompeyo Leoni, la custodia de Jacobo Trecco, los frescos de Lucas Cambiaso, los cuadros al óleo de Peregrino, del famoso Fernandez de Navarrete, de Alonso Sanchez Coello, el Ticiano Portugués, y de Federico Zurbarán; la esquisita labor, estentelne diseño y riquísimas maderas de la sillería del coro, su librería numerosa y escogida, y por último, el maravilloso crucifijo de Benvenuto Cellini, que está en el trascoro y sirve de digno remate á todas estas grandezas. El claustro principal, que por andar á su alrededor las procesiones forma también parte de la iglesia, contrasta con la extraordinaria desnudez de los laterales por los frescos atrevidos y vigorosos de Peregrino, que á tiro de artañaz desentran la gran escuela de su famoso maestro Miguel Angel; por las estatuas ó retablos cerrados y pintados por dentro y fuera, obra del mismo, de Rómulo Cincinato y de los españoles Luis de Carvajal y Miguel Barroso; por los lienzo del *Mudo*, que adornan el claustro alto, y por el bello templo de los evangelistas que está en el medio, con sus fuentes y estatuas de Juan Bautista Motogio. Tal y tan grande era la sintonía de este monarca á las pompas del culto católico, cuya unidad simbólica representaba á sus ojos una idea luminosa de gobierno y de fortaleza, única que en el siglo XVI podía comprender su vasta y enérgica capacidad.

Sin embargo si á solo esto se redujese su magnificencia, á los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica, pudieran pasar estos esfuerzos por hijos legítimos de un fanatismo poco ilustrado; pero el templo que levantó al saber en la suntuosa biblioteca, prueba que su alma estaba templada para comprender á su gran siglo. Sabido es que uno de los objetos de su producción fué fundar, á la par del

(1) *Historia de la orden de S. Gerónimo*, libro 35, discurso 111.

institución, un establecimiento completo de educación, pluriámbito y dotado competentemente un seminario destinado á la primera enseñanza, y un colegio destinado á la segunda, que han durado hasta nuestros días. Harto conócía que las luces y la verdadera religión se hermanan por una lógica y natural conformidad, y así es que no solo allegó para este gran depósito los libros propios de las ciencias eclesiásticas, sino que procuró convertirle en un centro común de cuantos conocimientos formaban entonces el patrimonio del entendimiento humano. Juntos grandísima copia de manuscritos de la mayor antigüedad y respeto, griegos, hebreos, árabes, caldeos, latinos, y los pertenecientes á las lenguas modernas; aquí vino á parar la famosa colección del celebre historiador y diplomático D. Diego de Mendoza; aquí se reunieron en crecido número devocionarios riquísimos y volúmenes de grabados y dibujos excelentes para entonces, que podían servir de guía y de ejemplo á los que hubiesen de abrazar tan difícil carrera; aquí vinieron á parar también el *Códice aureo*, joya inapreciable, no solo para la bibliografía, sino también para marcar los pasos del arte del diseño; el *apocalipsis* del apóstol San Juan, con dominaciones y figuras de gran precio para la historia del arte; y finalmente infinito número de globos, esferas, astrolabios, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos de todas clases, y hasta modelos de embarcaciones. Por duro y pesado que se hiciese el yugo de este rey en los puntos de fé y de creencias, fuerza es confesar que no era uno de esos jiranos vulgares que se convierten en centro de todas las combinaciones, y para manejar y dominar mejor la situación, tienden á igualar con su pequeñez el movimiento de los pueblos que rigen. Felipe II no abogaba, sino que procuraba encaminar á un determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto bullían en España, y mas bien acudíala que empujaba la marcha general de las ideas. No debemos olvidarnos de que en su tiempo, con instrucciones en gran parte redactadas por él y escritas de su propio puño, acometió el ilustre Arzobispo Montano la gigantesca tarea de su *Biblia polyglota*, monumento único en su tiempo de saber y de grandezza, así en el pensamiento como en la ejecución. A sus espensas tambien, y por encargo especial suyo, comprendió el doctor Francisco Hernandez, natural de Toledo, su *Viaje á las Indias Orientales*, de donde volvió el vaho de cuatro años con quinientos tomos en folio, en donde trata pintados con sus propios colores y proporciones las plantas, animales y trajes de aquellas remotas regiones, y explicadas con gran orden y concierto sus virtudes, usos y condiciones (1). El rey acudió con larga mano á los gastos de esta importante obra, y la hizo encuadernar con el esmero y decoro que merecía. Y por último, para prueba de la tolerancia de este rey en todo lo que inmediatamente no se rozaba con las cuestiones de gobierno y con el orden establecido, basta advertir que Juan de Mariana escribió y publicó en su tiempo su libro *De Rege et regis institutione*, que poco despues fué quemado en París por mano del verdugo, y que en determinados casos abogaba por el regicidio; sin que á su autor le videsen por eso disgustos ni persecuciones de ninguna clase.

Estos usos parecen añadir que quien tanto honra la galiteria y los sabios procuraría presentar sus obras de una manera digna de su poder y de sus altos pensamientos. Efectivamente la biblioteca del Escorial, al decir de nacionales y extranjeras, es uno de los monumentos mas notables que se han levantado á la gloria de las artes y las letras. Muchos de los segundos han atribuido á Miguel Angel los admirables frescos de la bóveda; tan valiente y atrevida manera desplegó Perugino en ellos. Aunque de género distinto, no menos agradables parecen las composiciones de Bartolomé Carducci, que corren á lo largo de las paredes por encima de la estantería, alusivas á la clasificación de las ciencias, representadas por otras tantas máquinas en la clave de la bóveda, comenzando por la filosofía y acabando por la teología, desahogado entonces de perfeccion y término de todos los esfuerzos y estudios. Con estos bellos adornos cubria la estantería de orden curvado, tan lucida concebida como fabricada, y donde se emplearon las maderas mas ricas y costosas que entonces se conocían, como ébano, cedro, cañía, Barrojo, y otras varias que forman excelente concordancia con el pavimento y zócalo de mármol y jaspé, y con las mesas y demás adornos.

De esta hermosa colección, que aunque no tuviera otro mérito que el haber sido ordenada por el ilustre Arzobispo Montano, debería tenerse en cuenta el precio á los ojos de todos, consumido gran parte el desastrosa incendio acaecido en tiempo de Carlos II. Allí perecieron la mayor parte de los manuscritos árabes, juntamente con el estandarte del profeta, que tomó en Lepanto D. Juan de Austria; y á duras penas se pudo cerrar á las llamas el paso á la pieza principal donde están las pinturas de Perugino y Carducci. Perdieronse aqui grandes riquezas y originales que ha sido imposible reemplazar, y junto con ellos gran porción de instrumentos físicos y matemáticos.

Como, segun ya hego indicado, no es mi propósito dar cuenta de las bellezas artísticas del edificio, y prefiero hablar de aquellas cosas que mas dan á conocer su índole y carácter, justo será decir algo del apasiento del fundador. Si fuese necesario probar que su alma vivía en la región de las ideas y grandes hechos, bastaría la presencia de esta reliquia desusada y pobre como la del último feble, para ponerlo de manifiesto. Hay un secreto impulso que lucha y comprime á vista de aquellas paredes blancas, de aquel piso de azulejos, de aquellas mequitas alacenas metidas en la pared, de aquella silla de simple terciopelo verde con la banqueta para estender la pierna mortificada de la gota, y finalmente del aposentillo lúgubre y oscuro que da vista al altar mayor, y donde sufrió su última y horrible enfermedad, cuya narracion eriza los cabellos, con la constancia de un estóico y la resignacion de un cristiano. Los padecimientos de Job en realidad no parecen sino simbolo y parábola incompleta de los de este monarca, que ni se quejaba ni disputaba sobre su inocencia, viendo su cuerpo consumido de padre, y que ni podían llegar á él, ni refocilarle, ni aliviarlo en manera alguna. Ordenó que su hijo se hallase presente al darle la estrema-unción, y le dijo: «Me querido que os habéis presentado á este acto para que veáis en qué para el mundo y las monarquías. Encargole mucho mirase por la religión cristiana y defensa de la santa fe, y por la guarda de la justicia, y procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase á aquel punto se hallase con seguridad de conciencia: mandose descubrir las llagas grandes que tenía, y le dijo: «Ved, hijo, cómo trata el mundo y el tiempo á los reyes, y la igualdad con que padecen todas las miserias á que está sujeto todo hombre, y considerad que aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible de cumplir con mis obligaciones, aquí me ha castigado Dios varias faltas que debo haber hecho, con lo que ha sido servido que padeciera, y allá me sé cómo será; mirad qué hard á quien se dice como yo;» mostrándole tras esto un crucifijo y una disciplina hecha de saugo, le dijo: «Con este crucifijo mirad, hijo, vuestro abuelo el Emperador, mi señor, tan católico como yo; y con su ayuda acabó; haecid vos lo mismo reverenciando esta santa imagen de Dios como lo debéis y hicimos S. M. y yo, y mereceris las mercedes que puede haceros; y esta saugo de esta disciplina no es mia, sino del Emperador, mi señor, y yo ejercité mal este bien; pero hego guardado porque demás que es nuestra, aprovecha para que nos acordemos de que nosotros, mejor que nadie, tenemos necesidad de dominarla en esta forma; tomad y guardad estas reliquias teniéndolas en mucho, y guardad con Dios, bendiciendo del como de mi, y bendiciéndole como pudo le dejó y no le vido mas.

Ha copiado este cuadro tan sencillo como energético del libro de Baltasar Poreño, titulado *Dichos y hechos de Felipe II*, persuadido de quedarían harlo mayor ideas sus palabras, que no las mias, de éste estrecho carácter, que con la muerte barba, si caído, mayor realce, como con un cristal de aumento. Carácter que con un sello indeleble está grabado en todas y en cada una de las partes del edificio, página en mi entender tan viva y floreciente de su historia, y de la historia de la nacion, que tengo por incompleto cualquier estudio que se haga sin tenerla á la vista. Ni conluye en su relato, pues sucesivamente la piedad de los reyes fué domando y embelleciendo este monasterio con los lienzos admirables de Velázquez, Zurbarán, Carreño, Pantaja y Coello, y con los frescos de Jordan, que si bien incorrecios en su dibujo, con razon asombra por su imaginacion riquísima, composición clara y atrevida, variedad infinita de caras y posturas, valencia en los tonos, y sobre todo por su Recandado y bizantia inagotable. De manera que allí patente se ve el vigor y la decadencia ya el arte, compañero del vigor y decadencia en la monarquía, pues para que ni los contrastes faltase á esta obra, al lado de la severidad orgánica y solemne del rey, que solo gastado en su casa bien mil docenas, se ven los púlpitos establos y de perverso gusto y mezquinismo prima, más pagados á la iglesia en tiempo del último monarca, que por su parte distaba tanto del fundador, como su obra de los entornos reales y del retablo principal.

El esta obra pasa con razon por una de las mas nacionales, por la mas nacional quizá de España, pues ninguna mejor ni mas completamente que ella refleja la fisonomía de aquel tiempo, en que puesta debajo de la mano de Felipe II figura un cuerpo compacto y bien ligado; clara está que es deber muy estrecho de los que rigen sus destinos conservarla á toda costa. Mala cuenta darían de su encargo los que se olvidasen de que las naciones viven en su parte moral del entusiasmo, que no se despierta sino á vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescindiese de las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdría que gobernasen un rebaño de animales. Abandonar el Escorial á la mala suerte que ha conenzado á caberle, con tanta injusticia como responsabilidad de los que pudiendo remediarlas no lo han hecho, equivaldría á proscribe tílamente en España todos los impulsos nobles del razon y del entendimiento; equivaldría á ajar el resto de dignidad y noble orgullo, que heredado circula en

(1) En el año de 1790 se reimprimaron las obras del doctor Hernandez en la imprenta de Ibarra, bajo la direccion del distinguido botánico D. Casimiro Ortega.

nuestras venas á despecho de la suerte; equivaldría finalmente á cegar una fuente de riqueza material, privando á los extranjeros de este estímulo para visitar nuestro país, dejando en él su dinero y cobrando estimación á un pueblo que si ha nacido de la rueda instable de la fortuna, todavía no ha abdicado por entero su antiguo carácter. Huelo importante papel se han arrogado los intereses para que el culto de los sentimientos y de las ideas amde su tibio y abatido, y desamparado de los pocos hombres capaces de apreciarlo.

El gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservación de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinión no hay mas que un medio, que es establecer en el edificio una corporación que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto á nombres no es regular pararse al asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés: de lo

contrario la degradación sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del real sitio, ni en el estrecho círculo de sus cecatinadas atribuciones, cabe el atender á tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos. Gotea que se remediaba con certísimo desembolso, mientras va el parte, viene la orden, se forma el presupuesto y se apuran los límites oficiales, levanta ya considerable costo, si no ha hecho daños irremediables. Unas cuantas han acabado con el techo de la galería de batallas, pintado de bellísimos grotescos por los hermanos Bergamascos, Fabricio y Granelo, y si en la bóveda de la escalera principal se abricasen algunas (cosa muy natural atendido el ventarrón casi continuo), á poco que se descuidasen darían en el suelo con los celebrados frescos de Jordan. Ya en el día en un abandono deplorable se empolva, reseca y descascara la famosa Cena del Ticiano, que está en el refectorio, y hace años que la torre del águila de me-



diodia y poniente, rajada y la deada, amenaza mayores daños. Yo he sido testigo mas de una vez del celo del actual administrador; pero además de tener las manos atadas, raya en imposible que la diligencia de un solo hombre pueda vencer tantas dificultades. En una palabra, veno difícilísimo que el Escorial se conserve sin una corporación que lo cuide y habite.

Al hablar de este viaje, que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creído obligado á dar mi pobre opinión y desinteresado consejo al gobierno, opinión y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oido hablar de este asunto. Con él está ligada mas íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nación, pues cuando blasfanamos de amigos de las luces y de la regeneración de nuestro país, sería ponernos en notable des-acuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres, muestra del gran ingenio de Juan Bautista de Toledo y de Herrera, y de la capcidad y poderío de Felipe II (1). Estas páginas de la historia del mundo, escritas no con sangre sino con los caracteres luminosos de las artes, enriquecen mas elementos de civilización y de adelanto, que otras mi-

chas teorías y sistemas, cuyo único mérito consiste principalmente en no haberse ensayado en el teatro de la experiencia. Creaciones que con tanta claridad interpretan y desenvuelven los axiomas del sentimiento, son de todos tiempos y lugares, y tienen hecha la prueba de su nobleza y aun de su utilidad. El Escorial por ambos conceptos merece la alicion de todos los españoles; tanto valdría arrancar de la historia y de la memoria de los hombres las jornadas de Lepanto y de Pavia, como dejar apagarse esta antorcha resplandeciente del gran siglo XVI.

ENRIQUE GIL.

CARTHON,

POEMA DE OSSIAN.

¡Este es un cuento de los antiguos tiempos! ¡Estas son las hazañas de los dias de otros años!

El murmullo de tus torrentes, ¡oh Lora! trae á la memoria lo pasado. El susurro de tus bosques, Garmallar, es dulce á mis oídos.

¿No ves, Malcina, una roca coronada de verdura? Tres seculares pinos con su doblado tronco se alzan sobre su cumbre: verde es el estrecho valle que se extiende á sus piés: allí crece la flor de los montes y mece sus blancos pétalos al soplo de la brisa: allí está tambien el solitario cardo esparciendo su ramosa barba. Dos piedras, casi enterradas en el suelo, se hallan cubiertas de musgo. El corzo de las montañas

(1) «Felipe II) diestrisimo en la geometría y arquitectura, y tenía tanta destreza en disponer las torres de palacios, castillos, jardines y otras cosas, que cuando Francisco de Mora, mi tío, trazados mayor suyo, y Juan de Herrera, su autor, le traían la primera planta, así mandado quitar ó poner ó mudar, como si fuese un Vitruvio ó Sebastianus Serlio: allegó tanto en esta facultad que excedió á los una peritos de ella: y por ser tanta su destreza y alicion, tenía en sí de todas las dias una bera determinada para acudir á la consulta de los traxos con S. M., que tan inclinacion á él me dá, como lo muestran las innumerables obras que hizo.» — *Relaciones de Felipe II y Felipe III*, cap. 17.

hoye de este sitio, porque ve aparecerse allí una sombra oscura (1).
Oh Moína! El poderoso yace en la angosta esplanada de la roca.

Este es un cuento de los antiguos tiempos! Estas son las hazañas de los días de otros años!

¿Quién llega de extranjeras tierras, rodeado de miles de guerreros? El astro del día derrama delante de él un torrente de luz. Sus cabellos ondean con el viento de sus montañas. El genio de la guerra está impreso en su semblante. Su continente es tan reposado como el lucero de la tarde cuando desde las nubes del oeste saluda al silencioso valle de Coana.

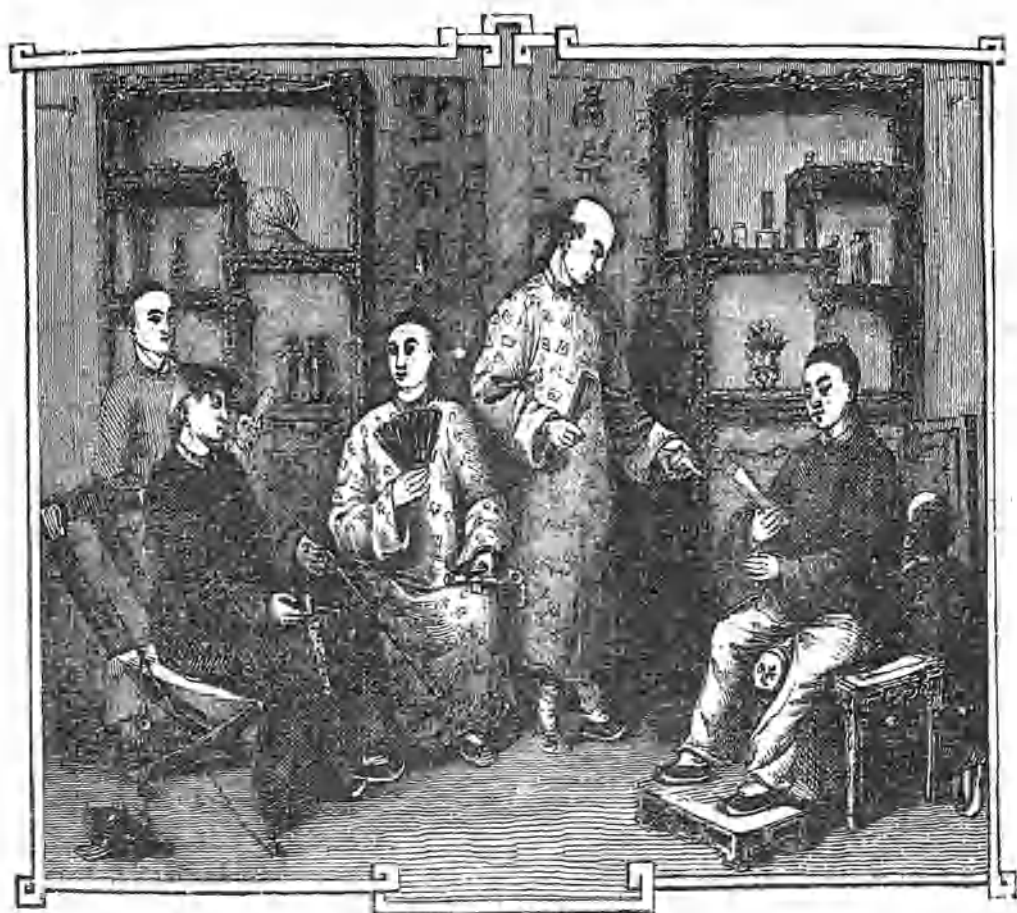
¿De quién habla yo sino del hijo de Comhal, el rey de las heroicas proezas (2)? Vedle ahí cómo contempla con gozo sus montañas, y cómo ordena que se entonen mil sonoros cántos.

—Hijos de lejanas tierras, habéis huido á vuestros campos! El señor

de la tierra descansa en su palacio, y desde él escucha la fuga de su pueblo. Eleva airado al cielo sus enrojecidos ojos, y empuña la espada de su padre. ¡Hijos de lejanas tierras, habéis huido á vuestros campos!

Estas eran las voces de los bardos, reunidos en los palacios de Selma. Infinitas antorchas (3) cogidas entre el botín á los extranjeros, lucían en medio de la morbidumbre. La fiesta se hizo general y toda la noche se pasó en el regocijo. —¿En dónde está el noble Clessamnor (4), exclamó Fingal el de la hermosa cabellera? ¿En dónde se encuentra el hermano de Moína, cuando sueñan las horas de mi alegría? Melancólico y olvidado pasa su vida en el sonoro valle de Lora; mas héle aquí cómo baja de la montaña, que sigue á sus compañeros por el bálido, sacudiendo al abe su brillante erin. Bendita sea tu alma, Clessamnor! ¿por qué vives tan lejos de Selma?

—No es verdad que el caudillo ha vuelto de la pelea rodeado de su



antigua gloria? Oh, sí! Lo mismo que tú, era renombrado tu padre Comhal en los combates de su juventud. Muchas veces hemos atravesado juntos el Carun para ir en busca de los extranjeros. Los señores de la tierra no se regocijaban con nuestra marcha, ni nuestras espadas volvían limpias de sangre. Mas ¿por qué recuerdo yo los tiempos de nuestras guerras? Mis cabellos ya encanecen; mi mano olvida el tonnejo del arco, y solo puede sostener mi brazo una lanza mas ligera. Oh! ¡si etornas mi contento como cuando he visto por primera vez á la joven Moína, á la hija de los extranjeros, con su pecho de nieve y sus ojos azulados!

—Cuéntanos la historia de tus juveniles años, dijo el poderoso Fingal. El pesar oscureció tu alma, Clessamnor, como una nube cuando cubre el sol. Solitario á orillas del Lora bromador, lágubres deben ser tus pensamientos. Déjanos oír lo melancólico de tu juventud y la sombra de tu vida.

—«Esto aconteció en los tiempos de paz, replicó el gran Clessamnor. Llegué en mi veloz nave á los muros que encierran las torres de Balclutha. Los vientos rugían detrás de mis velas, y las aguas de Clutha recibieron mi bajel de negra popa. Tres días permanecí en el palacio de

Rauthamir, y allí vi á su hija, aquel rayo de luz. Celebráronse festines, y el anciano héroe me concedió la mano de la hermosa Moína. Sus pechos eran como la espuma de las olas, y sus ojos brillaban como las estrellas: su cabello era negro como las alas del cuervo, y su corazón dulce y generoso. Grande era mi amor hacia Moína: el placer rebosaba en mi pecho.

«Se presentó en este tiempo el hijo de un extranjero que amaba también á Moína la del blanco seno. Hablaba en el palacio con altanería, y á menudo se proponía casi á desarmar la espada. ¿En dónde está, gritaba, el poderoso Comhal, el incansable aventurero de los campos? ¡Vienen acazo á Balclutha con su hueste, y por eso se muestra tan osado Clessamnor?—Guerrero! replicó, mi arrogancia no es mas que la expresión del valor de mi alma. Mira cómo estoy sin miedo, rodeado de tus numerosos amigos, y teniendo mis valientes lejos de aquí. ¡Estranjero! Osadas son tus frases, porque Clessamnor está solo; pero ya en mi costado se estreñere la espada y ansí relucir en mi mano. Hijo del sinuoso Clutha, no hables mas de Comhal!

«Su ira ya no conoció límites. Peleamos, y cayó bajo mi espada. Las orillas de Clutha oyeron el estroendo de su caída. Mi lanza brillaba á mi alrededor. Comhal: los extranjeros llevaban lo mejor de la presa, mas arrojé á las aguas de Clutha. Alzáronse mis blancas velas y atravesé el azulado mar. Moína corrió á la playa, y sus engendrados ojos brulaban copioso llanto, sus cabellos flotaban sueltos al viento, y yo oía sus distantes y lastimeros gemidos. He intentado muchas veces guardar hacia sus playas mi nave, pero prevalecieron los vientos del este: desde entonces no he vuelto á ver ni á Clutha ni á Moína la de la mi-

(1) En creencia antigua, dice Masphorum, que los dioses venían sus cuerpos de los apariciones, y aun hoy día, cuando los brujos se estremecen repentinamente sin motivo conocido, al vulgo se imagina que es por que ven los nombres de los difuntos.

(2) Fingal, á quien supone el poeta victorioso de vuelta de una expedición contra los tártaros, basian decirle esta en otro poema titulado *La batalla de Crona*.

(3) Probablemente hechas de cera, y usadas muchas veces como parte del barco, que se recoge en las proximidades costeras.

(4) Clessamnor quiere decir *grande hazañas*.

gra cabellera. Murió en Balclutha porque se me presentó su sombra. La recordé al atravesar en medio de las tinieblas de la noche las corrientes mirimicadoras del Lora: parecías á la luna nueva vista al través de la agrupada niebla, cuando caen del cielo copas de nieve y el mundo está oscuro y silencioso.

«Entonad, bardos, las alabanzas de la desgraciada Moira, dijo el poderoso Fingal. Atrás con vuestros cantos su sombra á nuestras colinas; que descansa con la belleza de Morven, el fulgente sol de otros tiempos, el debilito de los antiguos héroes. Yo también he visto las murallas de Balclutha, pero ya estaban arruinadas. El fuego se ha ensañado á sus palacios, y la voz del pueblo no se oirá más allí. El río de Clutha salió de su cauce, oprimido bajo los escombros de los muros. El cardo sacudia su solitaria flor, y el musgo silbaba al soplo del vendaval. Veías la zorra acechar por las grietas de las paredes, y la crecida yerba uschar á un lado y otro. La mansión de Moira yace desolada, y solo el silencio habita en la casa de sus padres.

Entonad, oh bardos! el canto fúnebre sobre la tierra de los extranjeros. Ellos no han hecho más que morir un poco antes que nosotros; día llegará en que tengamos que seguirlos.

«¿Para qué levantas palacios, hijo del veloz tiempo? No puedes asomarte á tus torres, y dentro de pocos años el viento de la soledad correrá por dentro de ellas, bramará en tus desiertos patios y silbará alrededor de tu gastado escudo. Cuando sopla el viento de la soledad, la fama llevará en sus alas nuestro nombre! Las huellas de mi brazo se conservarán en la historia de las batallas, y mi nombre en los himnos de los bardos.

¡Cantad! ¡propagad el festín! que el contento resuena en mi palacio!

«¿Cuándo morirás tú, sol del cielo! Si alguna vez te has de apagar, espléndida azaracha, si tu brillantez es perecedera como la vida de Fingal, nuestra fama sobrevivirá á tus rayos.»

Así era el canto de Fingal en el día de su regocijo. Sus mil bardos se inclinaban hácia delante desde sus asientos, para oír la voz de su rey, parecida al sonido del arpa, traído por las brisas de la primavera. Tus pensamientos salían llenos de pasión, oh Fingal! ¿Por qué no fué dado á Odán poseer la fuerza de tu alma? Mas tú eres único, padre mío! ¿Quién puede igualarse con el rey de Selma?

La noche se pasó cantando y suspendió la mofana en alegría. Los montes mostraban sus pardas cimas, y la azulara luz del Océano sonaba. Veíanse las blancas olas jugando alrededor de las distantes rocas.

Alzose lentamente del Océano una niebla, y corrió á lo largo de la silenciosa playa en la figura de un caduco anciano. Sus grandes miembros no se movían al impulso de sus pasos, sino que una sombra le sostenía pendiente en el aire. Adelantose hácia el palacio de Selma, y se deshizo en una lluvia de sangre.

El rey fué el único que presencié este espectáculo y previó la muerte de su pueblo. Corrió silencioso á su palacio, y empuñó la lanza de su padre. La armadura recubrió sobre su pecho. Sus guerreros le rodearon, se miraron en silencio unos para otros, y señalaron los ojos de Fingal. Veían la guerra en su semblante, y en su froza la destrucción de los ejércitos. Mil escudos se empuñaban, á la vez que se desenterraban mil espadas. El palacio de Selma, cubierto de acero, brilló por doquier. El ruido de las armas va en aumento. Los bardos labrales ladraron desde sus mandíbulas. Ni una palabra pronuncian los valerosos caudillos. Todos señalaban los ojos del rey, y todos se preparan á blandir las lanzas.

«Hijos de Morven, exclamó el rey, ya se fué el tiempo de los festines. El próximo combate se aproxima á nosotros, y la muerte se acerca dentro de poco sobre nuestra patria. Una sombra protectora de Fingal nos ha advertido la invasión del enemigo. Los hijos del extranjero vienen por el oscuro y agitado mar, porque del agua salió el anuncio del temerario pelícano de Morven. Empuñe cada uno la pesada lanza, vístase cada uno la espada de su padre. Alcese sobre todas las cabezas el negro yelmo, y centellen en todas las pechos la bruñida armadura. El combate se acerca como una tempestad: pronto levirá nuestros oídos el rugido de la muerte.

Marchó el héroe al frente de su hueste, semejante á la nube que precede á una columna de verde fuego, cuando avanza de noche por el firmamento, y las mariposas presagian la tormenta. Al llegar al elevado valle de Cona se detienen. Las diademas de blanco saño los veían desde lo alto, como un bosque. Auguraban el estermio de la juventud, y miraban con espanto hácia el mar. Las nevadas olas les parecían velas distantes y las lágrimas se desizaban por sus mejillas. Alzose el sol sobre las aguas y vimos una lejana flota. Acerrose como la niebla del Océano, y arrojó sobre la orilla sus guerreros. El jefe estaba entre ellos como el corzo en medio de la manada. Su escudo estaba guarnecido de oro. El rey de las lanzas marchaba con majestad. Dirigióse hácia Selma: sus numerosos guerreros le seguían.

«Id con el canto de paz, dijo entre tanto Fingal, id, Ullin, al rey de las espadas. Decidle que somos poderosos en la guerra, que son mu-

chos los cadáveres de nuestros enemigos, pero que también gozau de la inmortalidad cuantos recibieren los hospitalarios festejos de mis palacios. Las armas de mis padres (1) se ostentan en las tierras extranjeras, y sus moradores se admiran, y bendicen á los amigos de la raza de Morven, porque nuestros nombres han resonado muy lejos, y al oírlo los reyes del mundo se estremecían, aun en medio de su hueste.

Ullin marchó con su embajada. Fingal se apoyó en su lanza: contempló el hélico continente de su poderoso enemigo, y bendijo al hijo del extranjero.

«¿Cuán majestuoso eres, hijo del Océano! exclamó el rey del selvoso Morven. Tu espada es un rayo de fuego en tu costado: tu lanza un pino que desafia la tempestad. El variado disco de la luna no es más ancho que tu escudo. ¿Qué sorprendente tu rostro juvenil! ¿Qué susvos los rios de tu cabellera! Pero este robusto árbol puede caer, y su memoria ser olvidada. Entonces la hija del extranjero se entristecerá mirando para el undoso mar; los niños dirán:—Nosotros vemos un baje!, quizá venga en él el rey de Balclutha. Las lágrimas brotarán de los ojos de su madre, y sus pensamientos se dirimirán á aquel que descansa en Morven.

Estas eran las palabras de Fingal, cuando Ullin llegó junto al poderoso Carthon. Arrojó á sus pies la lanza, y entonó el himno de paz.

«Ven al festín de Fingal, Carthon, desde el undoso mar. Ven á tomar parte en los festejos del rey, ó levanta la lanza de guerra. Muchos son los cadáveres de nuestros enemigos, pero también son famosos los amigos de Morven. Mira este campo, oh Carthon! En él descueñan muchas verdes colinas, con musgosas piedras y rúspid susurrante: esos son sepulcros de los enemigos de Fingal; ahí yacen los hijos del undoso mar.

«¿Estás hablando, bardo, del selvoso Morven, á un hombre débil en la pelea? dijo Carthon. ¿Está mi rostro pálido por el temor, hijo del palacio real? ¿Per qué pues piensas temblar mi alma con la relación de los que murieron? Mi brazo ha luchado en el combate, y mi nombre se estende muy lejos de aquí. Ve y exige de los cobardes que se sometan á Fingal. ¿Podré yo que he visto la destrucción de Balclutha gozar del festín al lado del hijo de Comhal? ¿Comhal! El fué quien arrojó el fuego en medio del palacio de mi padre. Era yo jóven aun, y no sabía la causa por qué las vírgenes lloraban. Contemplábase mis ojos en medir las columnas de humo que se elevaban sobre mis murallas. Cuando yo me dio de mis amigos huir á lo largo de la noche, volvía frecuentemente la cabeza atrás con alegría. Pero según crecieron los años de mi juventud y el musgo de mis arruinadas hogaras, fueron creciendo mis dudas: mis gemidos se alzaban con el día, y mi llanto descendía con la noche. ¿No pelearé, le decía yo á mi alma, contra los hijos de mis enemigos? ¡Si! yo pelearé, oh bardo! siento hervir ya en el pecho todo mi coraje.

Agrupáronse alrededor del héroe sus guerreros, y demostraron á un tiempo sus brillantes espadas. Carthon está en medio de ellos como un pilar de fuego. Las lágrimas asoman á sus ojos, porque piensa en la arruinada Balclutha. Su cólera se ostenta en toda su plenitud. Miró al través hácia la colina, en donde brillaban con sus armas nuestros héroes: la lanza tembló en su mano, é inclinándose adelante parecía amenazar al rey de Morven.

«¿Iré yo el primero, se preguntó Fingal, al encuentro de ese jóven? ¿Le detendré yo en medio de su carrera, antes que su fama llegue á entumescerse? Pero el bardo podría decir al ver la huida de Carthon: Fingal consumió las fuerzas de sus mil guerreros, antes de que el noble Carthon muriese. No. Bardo del parvenio! tú no atrengarás la fama de Fingal. Mil héroes pelearán con el jóven, y Fingal presenciará el combate. Si Carthon viene, me adelantará con toda mi fuerza como el ferrenito branador de Cona. ¿Quién de mis caudillos lidiará con el hijo del undoso mar? Muchos son los guerreros que cubren la playa: fuerte es su lanza de hierro.

Adelantose el fuerte Cathal, el hijo del poderoso Lornar. Trececientos jóvenes, armados de su nativo suelo, acompañan al caudillo. Débil fué su brazo contra Carthon sucumbió, y sus guerreros huyeron.

Comhal renovó el combate, pero rompióse su pesada lanza, y fué atado y arrojado sobre el campo. Carthon dispuso á su gente.

«Clessamor, dijo el rey de Morven. ¿En dónde está tu terrible lanza? ¿Verás atado á tu amigo Comhal en el torrente de Lara? Alzaron todo el vigor de sus brazos, compañero del valiente Comhal; que espumante el mancho de Balclutha todo el poder de la raza de Morven.

Alzose Clessamor, ostentando toda la fuerza de sus armas y sacudiendo sus danasas cabelleros. Colocó el escudo á su costado y se arrojó á su enemigo con todo el orgullo del valor.

Carthon de pie sobre una roca vió avanzar al héroe. Placóle la alegría feróz de su semblante, y aquí denudó en una cabeza plateada por los años

(1) Era costumbre de los antiguos escoceses guardar sus armas con las de sus huéspedes, las cuales veneraban religiosamente las familias, como señal de la amistad que habia existido entre sus antepasados.

—Blandiré mi lanza, esclamó, que nunca huere sino una sola vez al enemigo, y preservaré con aceros de paz la vida del guerrero? ¡Majestuosos son los pasos del anciano! ¡Agradable es su continente aun en los últimos días de su vida! Quizá sea el esposo de Moína, mi padre, el padre de Carthon que lidia dentro de su naveaza. Muchas veces he oído decir que habitaba en el sonoro torrente de Lora.

Así decía, cuando llegó Clessammor con la lanza en alto. El joven recibió el golpe con su escudo, y lo habló palabras de paz.

—Guerrero de la anelana cabellera! ¿o hay un joven que maneje la lanza? ¿No tienes un hijo que alce el escudo delante de su padre, y pelee con el brazo de la juventud? ¿Ha muerto la compañera de tu amor? ¿o hora sobre la tumba de tus hijos? ¿pertenezcas tú al número de los reyes de los hombres? ¿Cuál será la fama de mi espada si tú mueres?

—Fama será, hijo del orgullo, replicó el alto Clessammor. He sido famoso en el combate, más nunca revelé mi nombre á mi enemigo. Ríndete, hijo de las alas, y entonces sabrás que los golpes de mi espada subsisten en más de un escudo.

—Yo nunca me rindo, rey de las lanzas, repuso el noble y arrogante Carthon. Yo también he luchado en el combate; yo también proveo mi futura fama. No me desprecies, rindillo de los hombres, porque mi brazo y mi lanza son también fuertes. Retírate junto á tus amigos; deja que vengan á pelear guerreros más jóvenes que tú.

—Por qué huieres así mi alma! prorumpió Clessammor saltando una lágrima. Los años no hacen temblar mi mano, y todavía puedo empuñar la espada. ¿Huivé yo á la vista de Fingal en presencia de aquel que tanto amo? ¡Hijo del Océano! Yo nunca huvo. Levanta tu puntiaguda lanza.

Lujo, y pelearon como dos opuestos vientos que se esfuerzan en arrojarse las olas. Carthon emplea su lanza en evitarlos: aun permanece en la idea de que su contrario es el esposo de Moína.

Rompe en dos pedazos la radiante lanza de Clessammor, y se apodera súbito de su juvenil espada.

Así como Carthon estaba apisonando al anciano jefe, echó este mano á la daga de sus padres, y observando descubierta el costado de su enemigo, abre en él una profunda herida.

Fingal, al ver rendido á Clessammor, se adelanta haciendo resonar sus armas. La hueste permanece silenciosa detrás de su rey, y solo dirige hacia él sus ojos. Este avanza como el sordo bramido de la tempestad antes que los vientos se desisten, y cuando al viento el cazador en la llanura corre á refugiarse en las cavernas de las rocas.

Carthon permanecía en su puesto, y la sangre corría de su costado. Al ver venir al rey de Morven se encendieron sus esperanzas de gloria: copero sus mejillas palidieron, su cabellera volaba suelta, y el yelmo vacilaba en sus sienes.

La fuerza de Carthon desfalleció, más su alma permanecía indomable.

Fingal miró la sangre del héroe y detuvo su enristrada lanza.

—Ríndete, rey de las espadas, dijo el hijo de Comhal. Ya veo tu sangre. Has sido poderoso en el combate, y tu nombre jamás se marchitará.

—Eres tú el rey de tan estensa nombradía, replicó Carthon, el lidiador de la carroza. ¿Eres tú aquel rayo de la muerte que aterró á todos los reyes de la tierra? Pero á qué preguntarlo! Tú eres como el torrente de las montañas, tan fuerte como la avenida de los rios, tan veloz como el águila de los cielos. Oh! Si yo hubiese peleado con el rey de Morven, mi fama sería ensalzada en los cantares, y el cazador contemplando mi tumba, podría decir:—Ha luchado con el poderoso Fingal.—Mas ahora Carthon morirá desconocido, porque ha gastado sus fuerzas con los débitos!

—No! tú no morirás ignorado, repuso el rey del selvoso Morven. Muchos son mis bardos, oh Carthon! y sus aceros llegarán hasta las edades futuras. Los hijos de los tiempos que han de venir, escucharán el nombre famoso de Carthon, sentados alrededor de un encendido roble, y pasando las horas de la noche con las leyendas de la antigüedad. El cazador, descansando en la pradera, oirá el pasar de la susurrante brisa, y alzando sus ojos observará la roca donde ha muerto Carthon. Se volverá hacia su hijo y le enseñará el lugar en que murió el poderoso.—Aquí ha combatido el rey de Balcutha con la fuerza de mil torrentes.

El júbilo bañó el semblante de Carthon: este levantó sus dolientes ojos. Entregó su espada á Fingal, para que se colgase en los salones de su palacio, á fin de que la memoria del rey de Balcutha se conservase perpetuamente en el recinto de Morven.

El combate cesó por todo el campo: el bando entonó el himno de paz. Los escudillos se reunieron alrededor del desfallecido Carthon, y escucharon con gemidos sus palabras. Silenciosos se apoyaban en sus lanzas, viendo de esta manera al héroe de Balcutha. Su cabellera suspiraba movida por el viento, y su voz era débil y lastimera.

—Rey de Morven! exclamó Carthon: yo muero en medio de mi carrera. Una tumba extraña recibe en su juventud al último vástago de la raza de Beothamir. El luto mora en Balcutha, y la sombra del dolor

en Crathmor. Pero ensalza mi memoria en las orillas del Lora, donde habitan mis padres. Acaso el esposo de Moína llorará sobre el cadáver de su hijo Carthon!

Estas últimas palabras penetraron hasta el corazón de Clessammor, que emudecido cayó sobre su hijo.

La hueste parecía asombrada alrededor. Ninguna voz se oía en la llanura.

Llegó la noche, y la luna contemplaba desde el oriente este funesto campo. Todos continuaban aun callados: como en silencioso bosque que alza sus ópulos robles en Gornal, cuando los ruidosos vientos permanecen en sosiego y el melancólico otoño se estiende sobre los valles.

Tres días lloraron sobre el cadáver de Carthon, y al cuarto murió su padre.

Los dos yacen en la estrecha esplanada de la roca, y una sombra melancólica protege su tumba. Allí se ve á menudo á la amorosa Moína, cuando el sol lanza sus rayos sobre las rocas y todo alrededor está oscurecido. Allí se la ve, ¡oh Malvina! pero no semejante á las hijas de la montaña. Su ropaje es de los de la tierra de los extranjeros: allí, allí está siempre solitaria y silenciosa.

El fin de Carthon entristeció á Fingal. Mandó á sus bardos señalar el día en que retorna el ombroso otoño. Más de una vez sofombaron este día contando las alabanzas de aquel héroe.

¿Quién viene tan sombrío del bramador Océano, como la opaca noche de otoño?

¿El temblor de la muerte se ve en su mano! ¿Sus ojos son flamas de fuego!

¿Quién ruga en la oscura pradera de Lora? ¿Quién sino Carthon, el rey de las espadas?

¿El pueblo se humilla! ¡Mirad! ¡Mirad su andar majestuoso, como la sombra tétrica de Morven!

Allí está tendido un poderoso roble que los violentos torbellinos arrebataron!

¿Cuándo escucharás, Balcutha, los ecos de tu alegría? ¿Cuándo te alzarás de nuevo, Carthon?

¿Quién viene tan sombrío del bramador Océano, como la opaca noche de otoño?

Estas eran las palabras de los bardos en los días de sus lamentaciones. Ossian unió á ellos su voz y tomó parte en sus cantares. «Mi alma se ha alijido por Carthon. El ha muerto en los días de su juventud. Y tú, oh Clessammor, en qué región tienes tu morada? ¿Ha olvidado tu joven hijo sus heridas? ¿Vuela contigo en el seno de las nubes? Yo siento el sol (1), ¡oh Malvina! Déjame descansar. Acaso se me aparecerán en mis sueños. Ya pienso oír una débil voz. Los rayos del cielo se detienen en brillar sobre la tumba de Carthon. Siento que se ralicen alveidos.

Oh tú, que te estendes por lo alto del firmamento, tan rebuelto como el escudo de mis padres! Oh sol! ¿en dónde están tus rayos? ¿en dónde está tu luz eterna? Al presentarte tú en tu majestuosa hermosura, las estrellas desaparecen en el espacio, y la luna pálida y fría se sepulta en las olas de occidente; pero tú sigues tu movimiento solitario. ¿Quién podría acompañarte en tu carrera?

Las encinas seculares de los montes como las mismas montañas se hunden con los años: el Océano crece y se ensugua; la luna se pierde entre los cielos, pero tú eres siempre el mismo, recordándote en el esplendor de tu carrera. Cuando la tempestad cubre al mundo de tinieblas, cuando el trueno brama y el rayo se desgarrá, tú te moras en la belleza desde las nubes, y te gozas en la tempestad. Mas para Ossian alumbra en vano. El ya no puede contemplar los rayos, bien espárcas los dorados caballos desde las nubes del oriente, ó bien tiembles al entrar por las puertas del océano.

¿Quizá habrás nacido como yo para un tiempo limitado? ¿Quizá tendrás un fin tu vida? Entonces tú, durmiendo entre las nubes, no oirás negligente la voz de la mañana. Osténtate, pues, oh sol! con toda la magnificencia de tu juventud. La vejez es triste y sin amor. Es semejante á la luz crepuscular de la luna, cuando atráviense quebradas nubes y la niebla rodea la colina; cuando el viento del norte sopla en los valles, y el viajero se detiene temeroso en medio de su jornada.

J. R. FIGUEROA.

DE LA FORMA QUE TENIAN LOS LIBROS Y LAS CARTAS EN LA ANTIGÜEDAD.

La forma que tenían los libros entre los antiguos ha dado origen á multitud de controversias entre los eruditos modernos.

Los romanos daban á los manuscritos enrollados el nombre de volumenes (volumina), del latín *volvere*, porque el manuscrito se enrolla

(1) Ossia era el sol.

laba sobre sí mismo. La palabra *explicare*, que se encuentra á cada paso en los autores, significaba desarrollar, leer un manuscrito. Los escribientes, cuando habian terminado la copia de una obra, es decir, desarrollado completamente el rollo en que habian escrito, ponian en lugar de la palabra *fin* de que usan los modernos, las palabras *explicitus est liber*, ó *explicitus liber*; fórmula que hubo de abreviarse desde el siglo III, y hasta el descubrimiento de la imprenta, sirvió la palabra *explicitus* para significar el fin de un libro latino ó español.

Muchas de las pinturas de Herculano representan personajes con volúmenes, en que leen, en las manos. Todos cuantos estan abiertos se desarrollan, excepto uno solo, horizontalmente y de izquierda á derecha, en el sentido de su longitud. La escritura que en ellos se figura se halla dividida en pequeñas columnas perpendiculares. Desarrollándose el papel en la propia dirección de la escritura, es decir de izquierda á derecha, hubiera sido de una longitud desmesurada una línea escrita desde el uno al otro extremo del rollo. Hubiera sido preciso enrollar y desarrollar el manuscrito tantas veces cuantas hubieran sido las líneas. Además, en el medio de la obra no podria abarcar á la vez la vista los dos extremos de líneas tan largas, lo cual hubiera ocasionado una constante confusión al lector. La división en columnas remedia estos inconvenientes. Se los desarrollaba poco á poco con la mano derecha, y á medida que se avanzaba en la lectura, se arrollaba de nuevo con la izquierda en el mismo sentido, ó en sentido inverso, la parte ya leída.

En los manuscritos que se desarrollaban perpendicularmente, estaba trazada la escritura en el sentido de la anchura, y no en el de la longitud. Como el papel mas ancho no lo era mas de veinte y cuatro dedos, y el papel del uso comun distaba mucho de tener esta dimension, no habia inconvenientes en escribir con columnas, y de uno á otro margen.

Cuando estaba escrito el libro y las diferentes hojas de que consistia colocadas las unas á continuación de las otras, se fijaba en el extremo de la última una vara, alrededor de la cual se enrollaba el volumen.

Los cortes se denominaban *frontis* (*frontes*), á causa de la rotación de los rollos en las bibliotecas; se los recortaba, y después se les acababa de quitar con piedra pomez las barbas que les hubieran podido quedar. Muchas veces estaban pintados de color. Las de los *Tristes de Ovidio* lo estaban de negro, y por lo tanto, dice el poeta, fáciles de reconocer.

Los títulos, en lo general, se escribian en bandas de pergamino y de papiros, y se colocaban sobre el corte que salia del estuche ó caja.

Los volúmenes tenian las mas variadas dimensiones. En tanto que unos eran apenas del grosor de una vara delgada, se ha hallado uno en Herculano que contiene hasta ciento diez columnas de escritura, y otro cuya longitud excede á mas de veinte y cinco varas. Segun un pasaje de Isidoro de Sevilla, se sabe que las poesias y las cartas se publicaban en volúmenes pequeños, y las obras históricas en gran folio.

En lo general contenian los volúmenes mucha menos materia que nuestros libros ordinarios. En efecto, cada volumen contenia solo un libro de una obra, y nunca una obra entera.

Para preservar los volúmenes de las picaduras de los insectos, se los encerraba en un estuche ó caja de piel ó de pergamino: algunas veces consistia esta cubierta en una hoja de papiros. Los rollos que componian una misma obra estaban reunidos en un haz, que se colocaba después en un estuche de una materia mas ó menos preciosa, y que algunas veces se cerraba con llave.

Las cartas se arrollaban en forma de volumen. El sobrescrito colocado á la cabeza tenia primero el nombre del que escribia, en nominativo, y después en dativo el nombre de la persona á quien se dirigia la carta, y que iba algunas veces acompañada de uno ó de dos epítetos.

Sin duda muchas veces, para traer ciertas personas á la memoria de aquel á quien se escribia, se hacian figurar en el sobrescrito los nombres de muchas personas. Ciceron, al escribir á Tison, añadia á su propio nombre en el sobre de sus cartas, ya los nombres de su mujer y de su hija, ya los de su hermano y de su sobrino.

La fecha del dia y del lugar iba colocada al final de la carta. Ciceron, cuya correspondencia es tan voluminosa y tan llena de interés, se olvidaba muchas veces de fechar sus cartas.

Entre los griegos se conjetura, segun un pasaje de Plutarco, que el sobrescrito exterior llevaba el nombre del que escribia y de aquel á quien se escribia. Entre los latinos, segun parece, no contenia el sobrescrito un solo nombre.

Al papiros, empleado para las cartas mucho tiempo antes que el pergamino, se le daba, como entre nosotros, el nombre de papel de cartas (*charta epistolaris*), cortándolo tambien de modo que se adaptara á dimensiones muy pequeñas.

En el cuarto siglo se comenzó ya á hacer uso del pergamino.

Acabada de escribir la carta, se arrollaba y se ataba con una cinta

cuyos dos extremos se pegaban al papel con cera ó con una especie de arcilla llamada *creta*, sobre la cual se imprimia el sello. Pero semejantes precauciones eran muy insuficientes para proteger la correspondencia, y se citan en la antigüedad mas de un ejemplo de la violacion del secreto de las cartas, sin saberlo las personas á quienes iban dirigidas.

G. L.

MANZANARES, DE VERANO.

A la sombra de una sábana
de las que hay en sus orillas,
mira pasar Manzanares
años y meses y dias.

No en su margen gayas flores
el blanco río agita,
sino calcetas, pañales,
calzoncillos y camisas.

Sino hay peces de oro y grana
en el jabon de sus linfas,
ni espíritus misteriosos
bajo sus ondas habitan;

En cambio esteras cesantes
grutas le dan, do cobija
hijos de Adán, madrileños
que nadan en cieno y triscan.

Allí hay tritones barbados,
allí nereidas modistas...
y vé el río muchas cosas
por mas que nada nos diga.

Con espantosos ojazos
sus puentes le ruborizan,
y llora, y mil lavanderas
enjagan sus lagrimillas.

Tal vez su dolor no aplacan
con arias y cavatinas,
ni graciosas zagalejas,
ni párloras avocicas.

Ni ve danzar á los feutes
con diadras fugitivas,
ni corderos filarmónicos,
ni Tirsis, Filis y Amintas.

Ni tejen aureos cendales
en torno suyo las ninfas,
ni moja senos de nieve,
ni piernas alabastrinas.

Sus zagales y zagalas
son producto de Galicia
sus diadras de estropajo,
sus canciones seguidillas.

Sus graciosas tejedoras
esqueletos ó cecinas,
sus rosados pies de jaspé
á felpadas pantorrillas.

Tal vez siempre al Manzanares
y no soy corto de vista;
son así los otros rios,
ó como algunos los pintan?

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

Segun un antiguo escritor, introdujeron los árabes en España la costumbre de vestirse de seda, la adarga, los juegos de caña y sortija, llevar levantados los bigotes, y saludar diciendo: beso la mano.

D. Juan I de Portugal fué el primer rey que empezó á comer públicamente en las grandes festividades, cuya costumbre se ha observado hasta hace poco tiempo.

Decía Catulo, que ninguno es sabio por lo que supo su padre, ni valiente por el brazo de su abuelo.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 26.

Mas valen dos bocados de vaca que siete de patata.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhenbra, Jarqueirezo, 26.